

---

J u v e n c i o   V a l l e

17(6-28)

**Del monte  
en la ladera**

Editorial Nascimento

---

Juvencio Valle

del monte  
en la ladera

Editorial Nascimento

Santiago — Chile — 1960

© JUVENCIO VALLE

1960

Propiedad N.º 23020

N.º 3012

Impreso en los talleres de  
la Editorial Nascimento  
— Arturo Prat 1428 —  
Santiago de Chile, 1960

A Nueva Imperial,  
mi pueblo,

*tan invadido de pájaros cantores,  
eternamente sobrevestido de verde,  
madurando a conciencia su sueño propio,  
prisionero feliz entre agua y cielo.*

## UN PASO AL DIA

Un pie primero  
y en seguida el viento  
como una tromba abierta  
zumbando y presionando en mi camisa,  
salí cantando al aire  
sonoros clarines,  
largos pitos,  
salí llorando a mares por la tierra.

Botellas numerosas  
que borbotan sus múltiples sonidos,  
conductos bulliciosos,  
compuertas desatadas,  
todos estos ríos vienen con sus bocas  
a vaciarme su agua en mi cabeza.

Me fui bailando alegre,  
ala y delgado hilo,  
espuela transparente,  
me fui de largo a largo  
siguiéndome a mí mismo,  
cubierto de sollozos,  
volcado y cristalino;  
talón en espiral y fácil junco  
abandoné, romero,  
la miel de mi provincia.

Tumbado y levantado al mismo tiempo  
salí colina arriba,  
caí vuelto campana  
noche abajo,  
nariz a todo vuelo, oreja al viento,  
zapato desleído,  
pañuelo como un beso.

Furiosos años llevo en este viaje,  
me desintegro en pétalos  
y la divina juventud de un día  
la pierdo como un guante.  
Empuño lo que puedo,  
pero  
como una espesa y azul caballería  
la vida me da alcance,  
me agarra por los dedos,  
se me pega en el pelo,  
se me duerme en la espalda.

Desde ese instante busco  
un vaivén, un soporte, un tren expreso  
que en su corriente viva,  
en vilo o en volandas  
me sobrelleve.

Bebo el azul a sorbos como un pájaro,  
me embriago de eternidad y nunca llego,  
en mis bolsillos cantan  
sagrados amuletos,  
y entre pedazos de pan duro  
guardo celoso y desconfiado  
cartas de amor que escondo  
como a únicas monedas.

## LA ESCALERA

Esta escalera sube,  
pero entre tantos signos se distrae;  
la distrae una hoja,  
un declive la desvanece,  
el sol del medio día  
la pone roja, verde de vergüenza.

Se olvida de su oficio,  
se desentiende de sus compromisos,  
el paso de un aroma la vuelve loca,  
el viento, al empujarla de costado,  
la hace bailar de frente  
y baila como una poseída.

Se empina hasta las claraboyas  
o desbordada cae  
como una larga trenza;  
se derrumba o levanta  
apenas sustentada  
por una viga inexistente,  
y al verla nadie sabe  
cómo no se desploma hecha cenizas.

Se le atraviesa, a veces,  
un clarín jubiloso en un peldaño;  
otras, pasan por ella  
verdes y sigilosas lagartijas;  
de escalón a escalón cuelga una araña,  
y un hilo a otro hilo  
la van como amarrando  
en sí misma.

Yo intento subir por ella como sea,  
por ejemplo,  
libre de añadiduras,  
descalzo de pensamiento y de palabra,  
recién salido del agua,  
sin desayuno aún,  
peinado a mi manera.

Doy comienzo a mi empresa  
con minucioso estudio,  
largas pausas, rodeos,  
cavilaciones ajenas a mi propósito:  
el alto, el alto cielo,  
la ley de la manzana en la cabeza,  
un grito en el vacío.

Levanto el pie derecho,  
pero yo, Juan Segura,  
antes de irme por ella con mis huesos  
la tiento con los dedos  
y al comenzar ya encuentro  
que la humedad la ha herido  
en la primera grada.

Me voy por la segunda,  
y aunque débil también, ella me puede,  
cruje un poco, se hunde,  
pero no tanto,  
y allí me estoy tragando aire  
y contemplándome incólume todavía.

Sigo por la tercera, valeroso,  
con el talón hago a un lado  
unas oscuras yedras y un montón de hojas secas;  
miro arriba y abajo,  
me olvido de los clamores de Margarita,  
no sé cómo me llamo.

Me voy de grada en grada  
y en la cuarta hago un recuento:  
pienso en mi vida, tan sobrellevada,  
en un puente caído sobre el agua,  
en la Torre de Pisa,  
me persigno como quien va a la luna,  
y avanzo hacia la quinta.

Recuesto el pecho en la sexta,  
todo vuelto un ovillo,  
y, como un desafío,  
estiro el cuello y apoyo la cabeza  
en la séptima,  
y cuando al fin me veo  
vestido de argonauta  
me duermo como un ángel.

## UN HUASO EN FLOR

Que soy un huaso fino  
de faja y de tirante,  
y, a veces, por saber y por ser hombre,  
un huaso con argolla:  
azul, enamorado, cabizbajo,  
sempiterno, de pie, amanecido.

Hago vida de vuelo y de revuelo,  
atropellado entre caballo y copa;  
eternamente tengo  
el pie en el estribo,  
pero nunca me voy de mis sembrados.

No me desvíó un punto de mi raya  
ni por solo un momento  
abandono mi mínima viruta;  
amarrado me estoy a mi pañuelo,  
y tan enamorado  
que soy como una flauta  
a orillas del estero.

Me embriago a la distancia  
y tengo por adentro, almacenados,  
silencios de campana.  
Yo vendo soledades  
a tres puntos la raya,  
a cincuenta el atado,  
a poco más o menos la botella.

Por el cielo me voy con mis arados,  
río abajo cosecho,  
de ola en ola,  
margaritas, suspiros y jilgueros;  
de seis a veintiséis son mis plantíos  
de helechos desvelados.

Ay, Dios, cómo me crecen las espigas.  
El toronjil por la nariz abierta,  
el candeal por la lengua,  
el maíz por los dientes.  
Desde su barro espeso  
me grita la lechuga.

Un huaso soy de tamboreo y vengo  
de recorrer mi hacienda:  
al tornasol más puro mis ovejas,  
mis yeguas inflamables van al iris,  
mis vacas solamente al río lácteo.  
Del campo que culitvo  
—recién amanecida todavía—  
traigo una estrella.

Ay, Dios, estoy llovido  
de tiempo inmemorial. Cuando me muevo,  
los años que yo tengo,  
se me vienen de golpe guarda abajo;  
los años que he cantado,  
los otros que he callado,  
mis infinitos años.

## JUAN DE DIOS REBOLLEDO

Juan de Dios Rebolledo,  
campesino genuino de ventarrón y barba,  
suspendido en ti mismo;  
media espiga en el cielo tembloroso  
y, desde puñal abajo,  
como un toro,  
cataclismo y derrumbe  
a ras de tierra.

Juan de Dios Rebolledo,  
húndete en tus maderas poderosas,  
húndete tajo a tajo;  
como una oruga empecinada ovíllate  
entre tus propios hilos;  
afirma empeine y uña  
en tus estribos.

Juan de Dios Rebolledo,  
agricultor del Sur, de rebrote y rodaja,  
de lista y aguacero:  
cómo te cruje el trigo en el zapato,  
cómo por las costuras  
te suenan las avenas.

En La Imperial del Sur, toda llovida,  
bigote espeso y hacha,  
revólver y totora, arados y navajas,  
y ceñida al tobillo cruel y duro,  
la espuela cristalina  
que te sigue y persigue.

Varón de puño y diente, atravesado,  
de relámpago al hombro, desmedido,  
de garganta sin fin, llena de humo,  
de larga cantimplora milagrosa,  
Juan de Dios Rebolledo.

"EN CAMPOS DE ZAFIRO PACE ESTRELLAS"

Clarín marcial, silvestre,  
salvaje yegua,  
con amapola y crines,  
con el belfe  
de cuenco y beso tibio;  
llenas de hojas llovidas las orejas  
y de verdosa herrumbre la herradura.

Corre, mojado fuego,  
anca y pezuña,  
botón de flor aún no desflorado,  
unánime, total, rebelde, firme  
tu tembloroso y cálido racimo;

con reflejos azules en el vientre  
y con la grupa en llamas;  
con los cascos de piedra rebotando  
como duros badajos.

Es un farol del campo tu cabeza  
y tu aliento vital, fuego y espada;  
eléctrica tu piel como el alambre,  
el ojo mineral como la uva.  
Toda tú movediza como el ala,  
alegre como el pino.

Vuela, furiosa novia,  
de bullicioso y de pomposo ruedo,  
hembra de heroica leche,  
femenino diluvio.  
Con un vaivén floral alzas el cuello  
y mueves la cabeza  
del uno al otro lado;  
como un cisne de tierra te paseas,  
con aires de columpio vas y vienes  
por las agrestes lomas.

Señorita del campo, destocada,  
sin cintillos, ni peines ni alfileres;  
sólo vestida de intemperie y vaho,  
de lluvia y arrayanes;  
bailarina del cielo,  
removiendo los ejes de la tierra  
a golpes de relámpago.

Solamente la tierra te adereza,  
ella te abre en botón y te levanta,  
ella te da su maternal azúcar,  
el altanero porte,  
las crenchas de levadura y surco,  
la larguísima cola  
y hasta el galope ciego.

Terriblemente impura como un río,  
de ti brotan puñales asesinos,  
dientes devoradores,  
incendiados relinchos.  
Cuando vas por la orilla de los juncos  
mascas tiernos cogollos,  
decapitas estambres,  
pisas frías estrellas.

Bestia pura y dorada,  
al carro del Faraón jamás uncida,  
libre de mar a viña,  
soberana del Sur, tórtola huraña:  
un potro universal, quién sabe cómo  
por el aire venido,  
te aguarda vertical y piafante  
bajo un viejo manzano.

## YO SOY UN CARPINTERO

Sencillamente soy un carpintero.  
Como quien nace con el pecho herido,  
con el silbo en la boca  
o con la frente en llamas,  
yo nací carpintero.

Con este oficio vine entre los dedos,  
me persigue el olor de la tabla,  
tropiezo en las repisas,  
piso aserrín dorado,  
me enredo en la viruta.

Igual que nace el tulipán, y vive  
mirando al sol de fijo,  
besando el agua  
y es sólo tulipán hasta que muere,  
yo nací carpintero.

De techo en techo vivo,  
de alero a tijeral hago el camino,  
que en ese tren aéreo  
me muevo entre artesano y mariposa  
y como una abeja canto.

Hago rústicas mesas  
para que el pan se ofrezca  
y el vino alegremente se derrame,  
para que los poetas  
—hermanos de mi propia madera—  
canten todos en coro.

Con mi serrucho al brazo  
—luciente pez de plata—  
me voy en cuerpo y alma;  
con mi serrucho al cinto,  
como quien viene de aserrar el día  
silbando hacia la noche vuelvo.

Desde el alma a las uñas  
me siento carpintero:  
me ahogo entre resinas,  
hundo la barba en esos bálsamos  
y vibro como un álamo.

Con la viga en el ojo  
y el lápiz en la oreja  
feliz me desenvuelvo;  
hago el alero de la golondrina,  
el balcón de la madreSelva.

Leo la Biblia sobre la viruta  
como sobre una hoguera.  
De Dios soy temeroso, pero  
echo el martillo al aire  
para luchar al lado de mi hermano.

## ARRIBO A SANTIAGO DE CHILE

Llegué a la urbe con las uñas rotas,  
con el talón herido,  
llegué azul de sonata y pelambreira;  
llegué, señor, envuelto  
en tenues acuarelas;  
el corazón desnudo como un álamo,  
llegué lleno de frío.

La cabellera al viento  
y un sueño bajo el ala;  
una voz pregonando la viruta  
y el aserrín fragante por mi pelo;  
vuelto sílaba o silbo mi discurso,  
mi verso, pura tierra.

Entré con pie confuso,  
descalzo de saber, lleno de dudas;  
llegué a Santiago en ascuas,  
poseído de errores;  
por las viejas roturas de mi verso  
iba mostrando el hueso.

Oh, Santiago de Chile,  
entré por tu Alameda,  
caí lleno de sueño en San Francisco;  
tu calle Catedral, piedra y palomas.  
Perdido en este bosque  
desde garganta hasta clarín me muero.

Qué caballo tan raudo el que me trajo  
corriendo entre suspiro y mariposa;  
blando como un ramaje  
y resumiendo nieblas como un pino.  
Y por el vientre tibio y salpicado  
aún verde de helechos.

A veces,  
qué será, me pregunto,  
de mi vieja provincia.  
Qué será de esa tierra  
en donde la col celeste se levanta  
y en donde, entre zozobras  
de amor y yerbabuena,  
dejé atrás una trenza.

## DE RONDA CON EL INTENDENTE

Con palabras cumplidas  
alguna vez invito al Intendente  
a una severa ronda  
por los deslindes de la florería.

—Excelencia (me inclino),  
vamos a ver su reino descuidado,  
echemos una mirada  
por sus calles de silbo y resonancia.

Usía, lleno de humos,  
hincha su pecho agosto,  
todo cubierto de dedales de oro,  
incendiado el chaleco  
de los deslumbres de las copihueras,  
y, ronca la voz de código,  
me atruena:

—Mi viejo Guardabosque,  
centinela de pájaros y flores,  
soldado de machete a la cintura,  
ya sabéis cómo vivo desvelado  
—el Intendente miente—  
por mi pueblo de hojas y corolas.

Me muero en la congoja  
de los problemas de mi monarquía,  
de la vida que llevan las campánulas,  
del agua en las compuertas,  
de cómo se hace pétrea  
la luz sobre las copas.

El intendente monta su caballo  
—alto corcel de estrépito y espumas—  
y precedido de mi mula clara  
se va pisando juncos  
por lo más serio de su monarquía.

Brevísimo el corpiño  
tiene esta flor, la otra va vestida  
de arcangélicas gasas, en aquella  
el organdí modela una campana,  
y qué grácil asoma,  
entre espumosas túnicas de holanda,  
el rostro níveo de esta desposada.

El Intendente pasa  
borracho de poder, descontrolado,  
fiel a su emblema,  
brillante el entorchado  
y el bigote fiero.  
Como un peral florido  
se colompia del uno al otro estribo.

El Intendente es hondo como un túnel,  
los ojos vueltos hacia su persona,  
no mira lo que ocurre  
junto a sus pies cesáreos.  
Es de hierro la puerta  
de su insondable espíritu.

Me quedo solo con mis sentimientos,  
inundado de espacio,  
ahogado en este océano  
floral y musical de campo y selva;  
de pie sobre los surcos quedo  
oliendo el aire,  
sintiéndome besado por el tiempo.

Me quedo solo y miro a las abejas  
hacer la miel, me llevo  
la mano al pecho, vivo  
de respirar y oler,  
de hundirme todo  
como un pez sideral en un acuario.

## MI CASA

Aquí, la sal y el óleo de mi casa,  
a la que siempre veo  
hundida enteramente en la botánica;  
mi casa estremecida,  
de pasto y de madera,  
fibra olorosa, elástica viruta,  
mimbre de las orillas,  
enredadera,  
copia del paraíso.

Nido de tablas claras  
construido en sosiego,  
de celdilla en celdilla levantado;

de pie en esperanza,  
de martillo sonoro en escalera.  
Quitasol de diciembre  
oloroso a membrillos  
y a almidón de la selva.

El sol enamorado  
a dulcísimos besos con mi casa  
creó esta bella rosa;  
dorado y presuroso carpintero,  
abeja, mejor dicho,  
alzó esta iglesia en pompa,  
este teclado  
en donde la miel como un barniz continuo  
rebasa su dulzura  
de verano en verano.

La raíz silenciosa,  
se vuelve nudo ciego con mi casa;  
ella la incita a derramarse.  
Lo sé de muy antiguo,  
como siempre  
en este bello incendio está implicada;  
ella atiza desde abajo con el dedo  
la inmensa tembladera;  
ella ha encendido el fósforo  
de este zarzal aéreo.

La viga de mi casa  
se recuesta a descansar cien años;  
como pomposa reina  
ella gobierna alero y tijeral,  
piso y techumbre;  
ella sostiene el desmayado vuelo  
de mi casa en el aire.

Más que casa mi casa es transparencia,  
ventana llena de oro;  
a su marco se asoma  
todavía con sueño, peine en mano,  
hombros desnudos, incendiada trenza,  
la aurora, mi señora.

Por el umbral propicio de mi casa  
entra la vida en su florido coche,  
los ulmos desbordados,  
el viento en remolino.  
Entran como a su casa  
ubre y racimo;  
entra el polen del mundo  
y a gloriosos raudales  
el canto del jilguero.

Mi casa de vaivén y de enramada.  
Si viene el viento cruje,  
se desmorona cada vez un poco,

se comba por un lado  
y por el otro  
echa frutales ganchos  
o florece libre como un manzano;  
se le sueltan  
cual pájaros repentinos  
tablas de voz sonora.

Como goteras cantan cuando caen  
sobre el suelo reseco  
los cristalinos clavos;  
se le pudren poco a poco los cimientos,  
le nacen agrios hongos,  
la cruzan telarañas,  
pero la casa canta.

Acordeón de la selva,  
cuando el Sur la sacude con sus manos  
todo es música adentro;  
a un mismo diapasón zumban las cosas,  
hablan las cafeteras,  
las tazas de té se vuelcan,  
de verde en verde chocan las botellas  
y como vivos peces  
saltan las alegres cucharas.

Todo retumba adentro de mi casa,  
toda ella es como un piano;  
música y ritmo tienen el junco y la totora,

cruje la mesa como un pino,  
se aflojan las consolas,  
jubilosos crepitan  
los viejos candelabros;  
con voz de agua purísima  
cantan los aguamaniles.

    Mi casa, sí, mi casa,  
pero de largo y puro arrullo;  
con mucha luz por fuera  
y por dentro  
de finísimo musgo.  
Mi casa de madera,  
únicamente de columpio y copa,  
con sueño en las esquinas,  
con refuerzos ocultos,  
con puntales que al aire la sostienen.

## MI CHILE HORIZONTAL

Mi Chile horizontal,  
horizontal y maternal, tendido;  
hundido en tierra, florecido en pleno.  
De largo a largo van tus terremotos,  
de piedra en piedra tus ardientes nidos.

Eres duro, mi Chile, como un hueso,  
descarnado y desnudo eres, mi Chile.  
Te muerde el sol arriba,  
el mar como una vaca azul te lame;  
te lame las heridas,  
la orilla carcomida.  
El terrible lanzazo en el costado  
con sal universal te lame.

Mi Chile vertebral, de mesa pobre,  
cuna de oscuro mimbre,  
pan de salobre miga,  
abordaje y espada,  
dentellada y salmuera;  
de sur a norte van tus cabalgatas,  
de abismo a cumbre tu delgada harina,  
tus arañas colgantes,  
tus viejas mordeduras.

El bramido de tus vacas flacas,  
tus estrujadas ubres,  
tus pesebres nocturnos, tus caballos  
que el viento frío aguija;  
tu solitaria viga  
que el tiempo reverdece  
de estación a canción toda la vida.

Por entre duros cúmulos de piedra  
el amor te resbala,  
te desliza su aceite bien amado,  
su sauce que se alarga  
para ti gota a gota.  
El amor como un Dios está contigo,  
el amor como un siervo te acompaña.

A tu barro sagrado me dedico  
y en él pongo los dedos,  
la rendida rodilla, el codo, el pecho,  
el estandarte abierto.

Hasta él bajo la oreja,  
hasta allí llevo la voz llena de truenos,  
la contenida lengua.

Barro revuelto y ciego  
que limpia y enaltece cuando mancha;  
todo lleno de férvidos motores,  
de chimenea y hachas.  
Oh, barro pensativo  
convertido en estrellas y herramientas.

Tu raíz extendida,  
tu sonora hebra,  
tu madero azotado día y noche,  
tu largo y largo silbo  
en donde el viento Sur pone su boca;  
tu largo y largo tubo  
—oh, rústico embeleso—  
en donde el verano y el invierno zumban  
lirios y ventoleras.

## “DE LA FLORIDA FALDA”

Ya me lavé cantando el pecho herido  
con agua azul y fría  
—ahora trino y trueno—,  
un alba como de llamas me penetra  
y canto.

Que de pie a garganta bailo y silbo,  
me quemó como un álamo,  
aéreo y celestial soy por la frente  
y por el oculto túnel de la sangre  
solamente de barro.  
Como la luz me vuelco,  
como la copa sueño.

Una agua llena de ácidos violentos  
templa al rojo mi acero  
y nada pueden los coléricos dioses,  
la espada del soldado,  
el índice admonitorio alzado  
y el fruncido entrecejo.

Muerde el viento con furia en mi camisa,  
me tumba de presente y de pasado,  
me acoge y me dispara,  
y soy como la ola echada al aire,  
me parezco al naranjo:  
me esponjo al medio día,  
por la noche me embriago. -

Ahora puedo decir que puedo,  
puedo quebrar la noche con mis manos,  
abrir la puerta al día,  
alzar mohosas torres,  
esparcir, orgulloso como un barco,  
la luz que me rodea.

Vestido de pelambre,  
cuchillo y hacha en mano me abro paso  
en medio de las llamas;  
la vida lujuriosa me preserva  
con balsámicos dedos.  
Entre desvelo y sueño me adelgazo,  
pero a heroicas embestidas me recobro.

Si por una puerta salgo  
por la otra  
largamente me enredo,  
pero en seguida a diente y uña limpia  
me desenredo.

Entre lírico y rústico camino  
alegre como un fósforo.  
Si echo la voz al viento,  
rosal abierto y rojo me desangro;  
con ostentoso gesto tiro al aire  
la dorada semilla  
y el cielo azul y limpio se estremece  
como un manzano.

Pierdo a veces la ruta:  
ése es mi goce,  
no saber de mí mismo,  
ir por la selva equivocando calles;  
sentirme sobrellevado a la deriva,  
a veces en volanda  
y otras a contrapelo.

Cierro los ojos, me hundo en mis sentidos,  
me oriento al improviso,  
busco llorando mis lejanas señas,  
me vuelco repentino,  
sobresaltado, musical, herido,  
en medio de mí mismo.

## CON EL ALBA EN LAS MANOS

Estoy lleno de fuego, señor mío,  
de fuego interno, mi alma;  
voy por los desfiladeros desfilando,  
por altas enseñadas me desplazo,  
por muy estrechos dédalos arreo  
—conductor de mí mismo—,  
a golpes de bordón o de corneta,  
silenciosos rebaños.

Me siento poderoso  
sentado en mi balcón de verde rama;  
allí me estoy de sueño y balanceo  
en mangas de camisa;

allí me estoy de ida y bienvenida,  
pesando y sopesando  
mis futuros intentos.  
Allí me estoy de otoño deshojando.

Puedo darme de lleno a mis empresas,  
correr de contrabando,  
pradera arriba, puedo  
hundirme de improviso  
y, como un sol que naciera de repente,  
aparecer de nuevo  
vestido de optimismo  
de zapato en el agua hasta sombrero.

Puedo quedarme a veces y me quedo  
viviendo en el olvido,  
polvo y raíz, carbón reconcentrado,  
tabaco de mí mismo;  
puedo quedarme en piedra convertido,  
pero juntando fuego por adentro,  
acumulando leña,  
soplando por abajo, alimentando  
la hoguera de mi sueño.

\* \* \*

Arbol claro y alegre,  
estremecido de alas y sonidos,  
pez volador, a cada nuevo intento  
caigo más derrumbado,

caigo como un diluvio,  
vertical y deshecho, vuelto chispas,  
transformado en espumas.  
Desde mi corazón a mi costado  
caigo precipitado.

Elásticos temblores me dominan,  
corrientes encontradas que a dos manos  
me traen y me llevan;  
lucho conmigo mismo,  
trenes que no conozco me transportan  
por vivos corredores,  
rieles que nunca veo me conducen  
a invisibles hogueras.

De tanto ir por las copas  
tengo la oreja llena de colmenas;  
de oxígeno y azul me veo herido,  
a cada paso choco con botellas,  
redomas verdes que al caer de lo alto  
llueven copiosamente  
luz y miel en mi pelo.

Por miedo a verme solo  
llevo mi vara al brazo,  
o solamente por decir que algo llevo;  
pero toda mi hacienda me acompaña,  
adonde voy arrastro mi destino,  
llevo bien amarrada mi esperanza,  
bien afianzado al pecho voy conmigo.

## SINFONIA EN DOBLE

Despierta, Juan, al alba,  
retorna a tu camino  
y cúrsalo temprano;  
con tu saco a la espalda  
y tu pecho desnudo  
lavado en claridades.

En pos se acerca Pedro.  
Ciego y confiado viene  
enarbolando arriba  
su dorado abolengo:  
los humos de su pipa  
y de su inmenso fuero.

Adelante, Juan Arriero,  
Juan cubierto de hojas,  
de surcos y aguaceros.  
Adelante, Juan Trigo,  
avanza, Juan Lechuga,  
arriba, Juan Gotera.

Pedro viene de asalto,  
humeante y soberbio;  
en pie de guerra viene  
todo blindado hierro,  
blandiendo la quijada,  
zumbando como un trueno.

Adelante, Juan Lucero,  
con tu cigarro de hojas  
y tu escuálido sueño;  
flácida la chupalla,  
derribada la espuela  
y arreando con tu pecho  
el tren de la mañana.

Pedro viene inflexible  
atronando la tierra,  
fruncido el entrecejo  
y el mentón altanero;  
le rechinan sus goznes,  
sus dientes y sus muelas.

Andando, Juan Motor,  
sudando, Juan Espuela,  
Juan sin mesa, sin sopa,  
sin caballo, sin tierra;  
Juan de las peras tristes,  
sin fiesta, sin botella.

Pedro, rico entorchado,  
rubio y largo bostezo;  
todo lleno de leyes,  
de embudos y de fueros,  
siempre de arremetida,  
flamígero y eterno.

Y tú, Juan de las Chacras,  
pastor de negros humos  
y vacíos potreros,  
de párpados mojados  
y desnudas estrellas.  
Llorando junto al río  
tus siete vacas flacas,  
tus perdidas ovejas.

## UNA GUIRNALDA PARA EL VINO

Vino celeste  
(ese traje te invento, dulce viejo,  
porque quiero vestirme como al cielo);  
la nariz echo al viento  
y hundo ojos y manos en la tierra  
para salir cuanto antes a tu encuentro.  
Deseo hallar el hilo  
de tu oculta dulzura,  
regocijarme adentro de ese vaso.

Te entregas como un pozo  
sumiso por entero a copa y boca,  
cual animal caído  
todo envuelto en espumas;

sigiloso y engañoso eres,  
pero en seguida zumbas,  
bailas puertas adentro,  
abres oscuros túneles,  
elevas, suspendes, arrebatas,  
socavas mi pequeña pertenencia de tierra,  
te quedas con mi sueño  
y para ir por el filo de la noche  
tiendes rojos andariveles.

Dormido como un dios en las bodegas,  
de pie en las botellas,  
o despierto en el vaso  
tú eres siempre el mismo;  
con una mano mágica me sientas  
y con la otra me obligas;  
tienes lenguas secretas,  
tu cicuta me invade como un humo  
y entre alfileres rojos y quemantes  
hay un áspero gusto a tierra.

Me colgara en tus barbas desbordadas  
como una ebria abeja,  
me durmiera debajo de tu capa,  
buscara sollozando tu regazo  
como quien busca un nido;  
me quedara por siempre en tus altares  
cantando silbo en boca  
tus victoriosos humos.

Tallo y corola inclino hasta tu frente,  
enfermo llego y quiero que me ampires  
con tu infalible gracia;  
como a un dios torrencial te reverencio  
y siento que me tocas  
y me sacudes todo.

En mí te adentras de raíz y asalto  
entreabriendo intrincados corredores,  
levantando brumosos cortinajes  
y mostrándome con el dedo  
todo el revés del hombre.

Me dicen, sentenciosa y sabiamente,  
no vayas con el vino;  
ése es un despeinado vagabundo,  
irresponsable, ciego, irresoluto,  
ése es un loco de camisa rayada,  
un pobre músico de la calle.  
Si vas con él del brazo  
perderás tu ramillete de azahares,  
dirán que eres alegre  
y que cantas y vives como un pájaro.

Yo quiero ser un pájaro.  
Es por eso que te busco con ahínco,  
me voy con los amigos a tu encuentro,  
te saludo de pie y bato palmas,  
canto erguido en las mesas  
y si en mis bolsillos llevo flores o madrigales  
todo lo echo en el vaso.

Te bebo a largos sorbos  
cual un monstruo nocturno,  
con miedo de morirme,  
temeroso tal vez de que te esfumes,  
de no hallarte presente en las esquinas;  
a dos manos sostengo la alta copa,  
la vacío a lentos sorbos,  
degustándola con la nariz abierta  
cual si estuviera de pie en un desierto.

Cuando pongo mi boca junto al vaso,  
todo el vaso retumba en su contorno  
como un cuerno marino;  
rebullen hacia los bordes las espumas  
y del remoto fondo  
asciende en huracán morado  
tu diluido corazón en chispas;  
en mis dientes se rompe tu marea  
de mojadadas violetas.

Pero,  
como una bruja mientes,  
vino encendido,  
nos ofreces eternos tricolores  
debajo de las parras;  
estás lleno de novelerías,  
del más leve suceso  
tejes una imposible historia;  
nos haces entrar de golpe en tus recintos  
de mentidos laureles.

---

Me acerco a ti de noche,  
encapuchado, lírico, resuelto,  
rozando las murallas,  
tocando con el alma las estrellas  
y entretoçando pífanos por dentro,  
y al encontrarte en casa  
es como si el sol cayera  
hecho uva en mi garganta,  
como si en pleno pecho me colgaran  
un arpa de oro.

## A SOTAVENTO

Perdonad mi impaciencia:

os cuento aquí, de pie y de pasada,  
de antesala fugaz y de sombrero,  
el cuento de mi vida.

Con ambas manos toco esas campanas,  
subo de dos en cuatro hasta esa torre,  
bajo a este subterráneo,  
me contengo y ahogo,  
pero os digo:

Desde afuera hacia adentro  
quiero llegar al fondo de mí mismo,  
remover mis arenas,

sonar y resonar todos mis tubos;  
lucir de banda a banda  
mis viejos tricolores.

Señoras y señores,  
señoritas,  
me hacen daño los signos:  
el anillo de bodas,  
el caballo alazán lleno de espumas,  
aquella burra que bebía menta,  
una hojita de trébol  
perdida en una era.

Con un pie en el aire, francamente,  
por mucho tiempo anduve  
colgando y zozobrando en el vacío:  
en el ojal de la camisa un lirio,  
en el pecho una espina,  
la luna en el bolsillo.

Un día de claridad perdí el estribo.  
solté, solté la rienda,  
nunca encontré la llave,  
rodé escalera abajo,  
lento, vertiginoso, inamovible,  
hasta esta piedra.

Las consecuencias fueron  
este desbordamiento silencioso,  
este continuo arder de entraña y boca,  
este gozar las últimas esencias  
de copa y racimo.

Andar de nube en nube,  
con un halo en la frente,  
cuarenta años perdido,  
enamorado hasta la raíz del pelo,  
ebrio como un almendro,  
señoras y señores,  
señoritas.

## CAMPANARIO HUNDIDO

    Mi campanario hundido,  
enteramente hundido como un pueblo,  
echa largas raíces  
y brotes repentinos  
que en el azul rebalsan.

    Campana espesa y húmeda, campana  
rica de alegres fraguas;  
muchas veces  
más verde que una lámpara,  
más viva que una espiga;  
cuando un dedo la toca  
resurge toda trémula debajo de las piedras.

Para mi credo eres  
espesa sal que crece,  
líquido que se quema,  
flecha que se disuelve  
y concha que retumba.

Campanario silvestre,  
de sumergidas torres,  
radioso y repentino,  
vivo laurel con pájaros,  
de perfil desenvuelto;  
campanario del campo campesino,  
con plumas y raíces y cristales.

Con golpes de través y de costado  
el agua te cincela;  
con sus despiertos yunques  
el tiempo te modela;  
te tumba y estiliza,  
te aísla y te levanta,  
con infinitos dedos te preserva.

Campana,  
pero campana hecha  
de dureza silvestre,  
de mies pétrea y delgada.  
Campana vitalicia  
de cristalino engaste,  
de refinada efigie,  
de indestructible hoguera.

Campanario terrestre,  
torrencial y encendido:  
se te ahogan las naves,  
te crecen las ojivas;  
te duelen las campanas,  
se te pudre el sonido.

## COMPLACENCIAS DEL SOL

Invade el sol las rutas de tu cuerpo  
—de cuatro a cuatro y media de la tarde  
todas tus ensenadas las invade.  
Pasea por ti sus palmas ruborosas,  
despliega sus banderas,  
echa a rodar su jubiloso océano;  
su oleaje te cae  
precipitado como desde una cima.

Al iniciarse por tu frente dura  
quiebra su vaso antiguo y se derrama,  
se escurre convertido en miel o harina,  
como una aurora baja por tu espalda,  
bien adherido a tu velamen vivo,  
vuelto ajorca o anillo  
hasta caer en flecos por la tierra.

Desde tu nuca airosa cae en blondas,  
resbala por tu piel hecho racimo,  
parsimoniosamente baja,  
siembra flores al pie de tus colinas,  
sin premura desciende  
hasta tus pies de concha.

Sábana de azahares, bien ceñida  
a tu contorno de oro;  
al desprenderse, a veces, de tus hombros  
—ay, azucena virgen—,  
al romperse de repente aquel engarce,  
al caer ese paño  
quedas más desnuda que nunca.

Pero el sol se solaza en su descenso,  
por no bajar de golpe  
sigue en tu cuerpo una morosa escala.  
Hace un andén ligero en tu cabeza,  
afirma el pie en tus hombros,  
salta a tu pecho enhiesto,  
se agarra como un náufrago a tu vientre,  
por tus rodillas pasa alicaído,  
baja, ya muy borracho,  
a tus empeines.

Hecho el largo camino de tu cuerpo  
cae a torrentes por el pasto fresco,  
dibuja allí lagunas y archipiélagos,  
y todo lo salpica ese oleaje vivo,

crisantemos absortos,  
peces de plata fina,  
tobillos de consumada maestría,  
todo florece dentro de este acuario,  
rebulle por esta música disuelta.

Bálsamo bienvenido,  
fluyente y susurrante,  
medido para caer del alto cielo.  
De rodillas guardemos su tesoro,  
que no se pierda de él ni un solo encaje,  
que ni un solo capullo se nos pierda;  
desde la alba pechera almidonada  
hasta la misma hoguera de la falda.  
Recojamos con las manos juntas,  
con la palma extendida  
todo este lienzo.

Elixir para curar melancolías,  
males de ausencia,  
tormentosos amores.  
Guardémoslo en botellas,  
en ánforas sagradas.  
Colmemos hasta los bordes los estanques,  
que día llegará, ay, alma mía,  
en que seamos demasiado viejos.

## NACIMIENTO EN LA ARENA

Partes desde el comienzo, mojada aún de arena  
y limo original. Trémula entre las lámparas  
subterráneas; adherida con uña y dientes  
al barro que te creó; pegada al blanco carbón  
bullente bajo tierra; semejante a la mariposa  
que rompe las ligaduras de su sueño.

Yo, que de intuirte ya te sé de memoria,  
que como guardián empecinado te he seguido,  
que con un ojo en vela te he descifrado  
y que en mí te llevo con ganchos y flores,  
ahora, en tu instante solar, en tu apogeo,  
fiel a mi viejo oficio de estar contigo  
con poderosa voz de minero te insto:

Sácude las viejas sombras; echa a vuelo  
tu pie desnudo; arranca de la pesada roca  
el talón impaciente, salva tus limpios ojos  
del viejo polvo; extrae tu voz del agua  
cual si largos collares; alza la copa diurna  
hacia el éter dorado; del rosal que lo enreda  
recoge tu vestido; separa con dedos finos  
el último vestigio espeso de la noche.

Y sé al fin lo que eres: cuerpo ígneo,  
árbol de florecer. Línea delimitada  
entre perfume y luz. Unidad en el ámbito.  
Lámpara consagrada.

Levanta el apretado fruto  
como un lirio de miel. Que desde lejos  
vean arder el leño. Que para siempre sepan  
en qué vértice canta la espiga verdadera.

Eres toda belleza. Pero —loba amorosa—  
la tierra te sustrae. Demasiados cerrojos  
guardan la flamígera almendra.

Ahora, entonces,  
al fin. Que se abran todas las puertas  
y como un atropellado regimiento en marcha  
entre con sus arreos la luz inquisidora.  
Adelanta el alto pecho; abre los brazos;  
desparrama tu cabellera; echa chispas celestes;  
levanta tricolores; llena de azul el mundo.

Arde sobre los barbechos. Danza ebria  
sobre las espigas. Sobrepassa los límites;  
torna sobre tus pasos, vuélvete nudo ciego  
y en ese extremo espera, como rendida rosa  
el colapso abrumador.

El beso todopoderoso  
que habrá de ungirte y hacerte imperecedera.

## RECONOCIMIENTO BAJO TIERRA

Me hundo a diario  
en las viejas harinas de la tierra;  
me hundo como un tallo  
con incansables manos,  
refloto y permanezco  
con el pelo caído;  
resurjo a peligrosos intervalos  
en pino celestial todo fragante  
de bautismal diluvio.

Zozobro en una lluvia interminable  
y en este espeso oleaje,  
inestable madero me sostengo;  
subo y bajo en esa agua noche y día;  
atado por los besos  
del agua desmedida;

de estación a estación voy hacia el fondo,  
círculos repentinos me coronan  
de vítores sagrados.

El mar en que me pierdo  
es un laboratorio innumerable,  
más que eso es una fábrica  
con su caldera activa, con sus silbos;  
ojos, raíces, dedos como almácigos,  
agujas y dedales finos,  
humo y carbón espesos,  
manos con muchos dedos que levantan  
dorados tulipanes.

Allí el azul de prusia como un pájaro,  
el rojo con su flecha,  
el violeta y celeste, todavía,  
convertidos en vacilante larva,  
y el gris aún inmóvil  
sin desprenderse de la fría piedra.

Los múltiples unguentos  
hablan con voces propias,  
el barniz que circunda la manzana,  
el aceite que hincha la bellota,  
el porcelana sobre la azucena,  
el nácar de la uña  
y el azulado eléctrico del pelo.

Allá abajo el primer temblor del álamo,  
la orientación del pie aún indecisa;  
en ese fondo único  
el rubor de la piel es una oruga,  
el asombro del ojo como un huevo;  
en la haz de esas aguas todavía  
los ignorados mundos de la lengua.

En mis hombros sostengo  
el temblor germinal de la tierra;  
con mi pecho en escudo  
rompo el hirviente oleaje,  
la enmarañada urdimbre de agua y agua,  
de polvo y polvo levantando  
movibles tijerales.

Me anudan con sus brazos  
los brotes insurgentes,  
el verde botella de los vientos,  
el rosa de las yemas;  
el salitre rebasa por las grietas,  
la miel va por los tallos  
y en sus blancas celdillas el azúcar  
insinúa su ruedo.

Este mar que yo surco  
es de espesa y creciente levadura,  
barro azul de laureles y violetas;

en él soy un arado que desgarrá,  
un ojo que inspecciona;  
a mi lado rebullen activos colmenares,  
disueltos elementos,  
leche que avanza ciega,  
congelados racimos.

Resoplo las espumas  
con salud y delicia,  
con hambre de expansión abro los brazos  
y avanzo y retrocedo  
y si en este vaivén caigo en peligro,  
con delirio vital me sujeto  
a la rama estrellada  
que el destino me alarga como un puente.

Prisionero glorioso de este barro,  
con la frente encendida  
observo, lupa en mano,  
cómo la tierra grávida adereza  
su máquina celeste;  
cómo su mano múltiple modela  
la vaporosa efigie de la rosa,  
cómo levanta trémula  
la leche de sus bronce.

## EL COLOR SAAVEDRA

A vosotros que vivís en medio de los colores,  
mojados de acuarelas,  
os pregunto, temeroso de vuestra respuesta,  
¿conocéis, por ventura, el color saavedra?

Si todavía no habéis tenido esa suerte  
aquí van algunas indicaciones útiles.

El color saavedra es una cúpula,  
un capitel con barandas,  
por su interior el fuego lo devora,  
pero por sus ensambles o juntas  
le tiemblan las gotas de agua;

es suave de leer y repetir noches y días,  
sencillamente es como el pan familiar,  
con copos blancos que las palomas comen  
y que la luna alumbra de pie a cabeza.

Cuando en nuestras largas excursiones a pie  
lo encontramos semisumergido en las aguas,  
bajo las hojas, en lo profundo de los bosques  
y decidimos traerlo con nosotros a la ciudad,  
su gesto más expresivo es resistirse en su concha,  
encerrarse en su verde jaula,  
agarrarse como un caracol contra el viento.

El color saavedra sobresale desde lejos,  
es una torre con balcones,  
pero, mirado más de cerca,  
trueca su aspecto de bastión por la dulzura,  
y es un trébol de cuatro hojas;  
si se le presiona se cubre de enredaderas  
y las mañanas le caen en largas guirnaldas.

Es más alegre que un álamo,  
se reparte en el aire como la flor trepadora,  
florece a su debido tiempo como el almendro,  
y en su estado natural se parece al alerce  
por su manera de resistir al tiempo  
y recibir la lluvia clara.

De su madera podríamos hacer veladores,  
consolas y muebles de mucha intimidad,  
cofres para guardar collares y cartas;  
maravillosos puentes colgantes,  
pasarelas para trasladarnos al otro lado  
o tender signos convencionales de persona a persona.

El color saavedra, dicen quienes saben,  
crece en las tardes de los sábados  
y en las mañanas de los domingos;  
sentado junto a una mesa  
hace sus brindis con mucho sentimiento.

Está lleno de robinsones húmedos  
—conserva aún el humus de los bosques de Freire—;  
las ligeias se le trepan al corazón  
y se lo oprimen a fondo, con golos y lazos,  
intentando extraerle todo su oro.

El color saavedra es una entidad,  
un pulso acelerado, un violín;  
su transcurrir es melodioso,  
no hace ruido,  
es como la abeja obrera junto a la flor,  
enamorado de ella se queda boca con boca.

Le atrae el trato continuo con los pájaros,  
él mismo acarrea consigo melodías lejanas,  
exóticas avecillas que no se conocen  
y que al escaparse de sus bolsillos  
hacen cambiar el tiempo y traen a la casa  
el buen sol que calienta los huesos.

El color saavedra es verde,  
pero puede llegar al rojo vivo;  
puede transformarse en violeta, en azul o naranja  
puede, desbordándose de su redoma,  
constituir por sí solo un paisaje.

## LA LAMPARA

Qué lámpara, me dije,  
y, cómo la desentierro  
debajo de esta montaña,  
en estas espesuras.

Esta lámpara quema, me dijeron,  
arde entre las cenizas,  
hiere como un cuchillo,  
perfuma desde lejos.

Aquí me tienen rodeado de instrumentos,  
picota en mano,  
sudoroso en extremo;  
ya cansado en el comienzo  
de mis empeños.

Quiero encontrarla antes que amanezca,  
restituirla a su pedestal,  
limpiarle el rostro con mi pañuelo;  
quiero llegar a ella antes que me muera,  
o antes que sea viejo.

Buscaré, buscaré por este lado,  
que por aquí palpita;  
y salen chispas  
y me moja las manos.

Desde que yo nací que estoy en esto  
—buzo y hormiga—,  
tenaz en mi tarea,  
sin perder un minuto.

Pero es tan duro mi trabajo,  
parece que este botón,  
este hueso profundo,  
no es moneda sencilla  
y está como adherido al planeta.

## MADRIGAL INVASOR

A veces,  
observando de hito en hito las flores  
las vemos tan llenas de recato  
y de temblores y de miedos;  
es como si en su risueño titubeo  
quisieran esconderse bajo las hojas  
con sus himnos y sus mazurcas.

Pero,  
difícil te sería el ocultarte,  
Panchita Ossandón, toda de verde rama,  
con tanto fuego almacenado,  
convertida en naranjo;  
con tanto brasero en las manos  
y, por aderezo natural,  
tus deslumbres y tus músicas.

Nos mojan el pecho esos bálsamos,  
nos visten de infinitas dulzuras,  
por los hombros nos caen esos albornoces,  
esa túnica dorada que tú nos obsequias,  
con campanillas abiertas  
y besos en contorno.

Damos en recordar soles de oro,  
almendras compactas,  
sorprendentes rosalías  
y tú, floreciendo sin tregua  
adentro de esos anillos.

Hay flores que tienen tus mismos ojos:  
miran llenas de estambres,  
levantan sus párpados desde una espesa maraña  
y guardan, debajo de esos bosques,  
bulliciosos rayos de sol.

(Ay,  
peregrino desconsolado,  
por ningún motivo pases de largo,  
calienta tus ojos en esta fogata;  
quema aquí tus viejas desdichas,  
tu traje gastado,  
tus arrugas inveteradas;  
ponte esta rápida camisa argentada  
y canta dentro de ella).

Panchita Ossandón impostergable,  
imprescindible a toda hora,  
necesaria como el jazmín,  
mecida en tu propia rama,  
el pie voluntarioso en una nube,  
la mano liliácea en el pelo,  
a punto de suspirar por ti misma  
o de irte en una parábola.

Tan aérea y del alba  
y tan engolondrinada,  
siempre sobregirado el pie  
en una ronda perpetua.

Te llevaría el aire incansable,  
mas, por fortuna todavía,  
te arrastran a tierra las madre selvas,  
los corazones enamorados te sujetan,  
las súplicas mías te detienen.

Y te estableces a medio camino,  
entre cielo y tierra solamente,  
cerca del sueño,  
al alcance del pensamiento,  
y desde esa estación intermedia  
nos cautivas.

## BOTANICO

Parezco todo un sabio  
—de larguísima barba—  
cuando  
alguna tarde suelo  
—por ver y por saber o por capricho—  
examinar a fondo el heliotropo,  
y cojo la flor y la levanto  
como a una mariposa  
entre el pulgar y el índice.

A contraluz, atento, la contemplo,  
desde abajo la miro,  
y ya un pequeño vaivén, un soplo de aire,

me echa sobre la cara  
algún pétalo suelto  
o el polvillo dorado  
de su escondida luna.

La llevo hasta mi mesa  
y sobre un libro abierto  
la deposito;  
allí, mi mínima víctima,  
se me queda dispuesta y silenciosa:  
cabellera cortada,  
puñado de perfume.

Fruncido el entrecejo,  
amurallado entre gruesos tratados,  
vidrios de aumentos, lupas,  
estudio a mi prisionera;  
pero ella, como única defensa  
—oh, poder de la gracia—,  
perfumándome los ojos  
me invalida.

# MAHUIDA

EL BOSQUE, SU MITOLOGIA, SUS SECRETOS, SUS SUEÑOS,  
SUS MARAVILLAS Y SUS PELIGROS

## A MANERA DE PROLOGO PIDO BENEVOLENCIA POR INSISTIR EN MIS YA VIEJOS AMORES

Hoy vuelvo a repetir mi vieja historia.  
Traigo otra vez mis ramos de nomeolvides;  
y cómo podría liberarme de estos abrazos,  
cómo apartaría de mí tan íntimas maderas;  
con qué mano cortarían de mi propio follaje  
estas vivas prolongaciones de mis huesos.

Por eso, de partida, pido benevolencia  
a pájaros y flores. Ante el lirio del campo  
me descubro; en círculo cerrado hago la venia;  
y ¡Salud! oh mi señor Dondiego de la Noche,  
dadme asilo temporal en vuestros dominios.

Y cómo se me hace vehemente esta súplica  
cuando la dirijo a mis viejos guardabosques,  
leales hermanos míos de afán y comparsa;  
ay, y cuando requiero a los poetas líricos,  
y, mucho más aún, a las bellas floristas.

Ya en el umbral me inclino reverente,  
y como un hijo pródigo, temeroso suplico  
merced y vía libre para mis ramilletes,  
que todavía tengo tanto jardín adentro  
y tantas ramificaciones que me desvelan.

Juntos llenos de gracia, dadme los dedos,  
melodiosas avenas, vuestros delgados silbos;  
vengo con nuevos leños para mi vieja hoguera,  
nuevos aceites traigo para la misma lámpara;  
aquí llego otra vez cargado de siemprevivas,  
margaritas y abejas traigo en las sienes.

Perdón, señor capullo recién amanecido,  
corolas de caperuza, romántico jilguero.

## AHORA COMIENZO CON UNA FERVOROSA EVOCACION

Bosque de mi niñez, impertérito viejo  
de la capa pluvial terciada al viento,  
y, al abrigo de ese rebozo imponderable,  
las resonancias milenarias de tu pasado,  
los mil caminos abiertos a la aventura,  
la lámpara y el anillo llenos de gracia,  
las resonantes naves, las sepultadas arcas;  
todo un pasado mundo que aún pervive  
en hacinado cúmulo de hilachas y zafiros.

El chapado atavío que desplegado llevas,  
hilo a hilo bordado por raíces y arañas;  
verdes aguas marinas te humedecen la túnica,

la clámide esmeralda que en familia bordaron  
las candorosas yemas, los sigilosos dedos,  
los mojados dedales, las llovidas agujas.

La buena tierra madre en ti establece  
su taller primoroso de cintas y golas,  
y la raíz, a ciegas, como un minero busca  
el rutilante aljófara en tu fondo guardado;  
el sol feliz atiende su rubia hilandería  
y el agua su bazar de plata antigua.

A tu cuidado ajuares y utensilios:  
el telar nemoroso, los amplios bastidores,  
el gusano nocturno que de sí mismo extrae  
la temblorosa hebra de seda acariciante;  
el hilván desvelado, la eléctrica tijera  
del picafloz ingrávido, su inefable respunte.

## LOS ELEMENTOS TERRESTRES TE SIRVEN DE ABALORIOS

Relámpagos perdidos caen estrepitosos,  
en culebrina cíñense a tu desnudo cuello,  
pétalos fulgurantes o jazmines flamígeros  
que para tu aderezo deshoja el alto cielo,  
y cómo sustraerte a esas ígneas diademas,  
cómo ponerte a salvo del bramido del trueno  
o cómo ponerle muros al atrio de tu casa  
en donde el viento loco forza las celosías  
y sopla sobre tu cuerpo como en una botella.

Y la brisa correveidile que te abanica  
y que en tus hombros semeja una esclavina;  
al más leve escarceo irrumpe su pie llovido

y danza mejor que un junco en ese tablado.  
De turbadores murmurios te salpica la oreja,  
vuelve harina el tobillo, quiebra el empeine.  
echa al aire espacioso la enagua exigua  
y de esa grácil parábola llueven espigas.

Y tu pecho de tambor todo condecorado  
de líquenes fervorosos. Las aceradas lumas  
con su epopeya adentro haciendo historia;  
los chilcos y copihues, la larga botonería  
que festonea de oro tu amplísimo capote,  
tu entorchada casaca de Mariscal de Campo,  
el birrete de nubes que cae por tus sienas  
o el rocío que enjoya tu despeinado pelo.

## EL CANTARTE HA CONSTITUIDO MI OFICIO VERDADERO

Hace ya tanto tiempo que te describo  
y tanto que te canto en terrenal y divino;  
he sido para ti como un músico empecinado,  
he tocado tus arpas, y medallas y títulos  
te he prendido a lo ancho de la solapa.

Al evocarte creces más que el humo  
y eres como una iglesia de muchas torres;  
tañen en mi memoria tus altos campanarios,  
a tu arrimo se captan músicas gregorianas.  
De entre mis viejos amores sólo tú tienes  
para mi sed ardiente un incentivo mágico.

Te supuse un gigante de turbulenta barba,  
un monarca poseedor de incontables tesoros  
o el guardador celoso de un real paraíso.  
A través de los años siempre significaste  
el absoluto dueño que barajó a mi vista  
una sorprendente mitología para mi uso.

Y Pan con su peligrosa flauta incendiaria  
poblando tus galerías de líricos rumores,  
y en pos y remolino las múltiples deidades,  
peplos y cascos juntos, vírgenes y faunos:  
en una ardiente simbiosis de dientes y uvas,  
el germinal estremecimiento de la tierra.

Y es que a tu irresistible privilegio,  
loco desmesurado, agregué el sueño propio:  
aproximé mis lindes, sumé mi ínfima rama  
a tus gigantes árboles.

Unido a tu resaca  
no supe ser yo mismo, delimitar mi paso;  
de tanto irme contigo perdí mi señorío  
y como quien padece frío y busca el fuego  
me sumé a tus hogueras para quemarme.

JUVENTUD Y VEJEZ SON EN TI UN MISMO  
Y FIRME HUESO

Pero,

toda la verdad sea ahora dicha:  
airoso palafrenero, el sol paró su cuadriga  
en los propios umbrales de tus dominios;  
tú has sofrenado al tiempo, y hoy te veo  
como en mis años mozos.

Límpido compareces,  
océano, tridente, galope, verdes crines;  
te caben dentro epitalamios y naufragios;  
por tus entrañas cruzan fabulosos gigantes,  
raíces extendidas como cetáceos ciegos  
o aéreos ramilletes de verdes estrellas.

En tu vejez no creo. Para viejo te sobra  
mucho música alegre y mucho pie de baile;  
por debajo de la desgarrada indumentaria  
la primavera te arrastra en su comparsa,  
y aquí un panal volcado, una corola ebria  
o una estrella que estalla en su florero.

Desde aurora hasta crepúsculo transita  
la luz por tu semblante. Es alegre la pátina  
que ilumina tu rostro; el aura de tu manto,  
la gradación cambiante del iris por tu traje:  
del mismo modo que la serpiente muda camisa,  
llegada la hora justa, en un instante mudas  
de báculo y corona, cetro y silla de oro.

ALLEGO MI OREJA A TU PECHO Y TU VOZ  
ME REJUVENECE

Zumbas como un molino, engalanado viejo,  
y al escuchar tu estentórea voz de argonauta  
a mi infancia perdida me retrotrae el hilo;  
tan a lo hondo me llegas y tanto retrocedo  
que hasta el agua que bebo para mí tiene  
como un regusto virgen de polen y semilla.

Qué importa la desbandada de las hojas,  
que tus orejas se desprendan como conchas  
o que tus ojos caigan como frutos maduros  
si al fin, y por debajo de tus ropas caídas,  
resurges como el poderoso señor que eres.

Resurges poseído de una inefable gracia,  
cubierto de pedrerías, pecho, capa, penacho,  
tapizadas de terciopelo las húmedas mejillas,  
llenas tus largas barbas de pájaros y flores,  
majestuoso el tricornio de estrellas y plumas.

Ay, abuelo florido, cómo me duele ahora  
haber perdido el asiento que ayer me diste,  
el amoroso sitio que abandoné en tu casa,  
**mi** dulce hamaca de dormir como los ángeles,  
mi entreabierto abanico de pájaros errantes  
y aquel nunca olvidado aroma de tu tabaco.

## LARGO DISCURSO ALECCIONADOR PARA EL INEXPERTO

Y tú, explorador de la mano enguantada,  
mozo de calle arriba, asiduo parroquiano  
de los cafés; pálido y metafísico esteta,  
delicado paseante de parques y jardines,  
si en verdad has decidido entrar un día  
al milenario bosque de los encantamientos,  
el de los mil laberintos y de las fábulas,  
cíñete el cinturón, amárrate los zapatos,  
antes de dar un paso considera tu empresa.

Comienza por medir tu propia estatura,  
yergue el busto aguerrido, hinche el pecho,  
desenrolla como puedas un áspero fuelle,

respira como un toro oxígeno y tempestades,  
afiánzate a la tierra igual que un pino.

(Santíguate tres veces antes de atravesar  
ese mar que pudiera llevarte de ola en ola).

Cuídate de no entrar allí despreocupado,  
para franquear esa puerta deberías cumplir  
punto por punto el inevitable santo y seña;  
seguir sin desviaciones la ley del viajero  
y encomendar tu pobre espíritu desorientado  
a la caprichosa voluntad de los dioses.

Sorpresas y peligros acechan al valiente  
que va en tren de aventuras. A cada instante  
se interponen a su paso insalvables vacíos,  
ásperos paredones, abismos y abruptas cimas,  
y por sobre esos avernos, como flores del cielo,  
arcadas inverosímiles, barandas y pasarelas,  
ingenuas filigranas o puentes de orfebrería  
por donde sólo podrían atravesar los ángeles.

PONLE CERROJOS A TU CORAZON Y AVANZA  
CON PIE DE PLOMO

Detente, Valentín, en el umbral engañoso,  
no te ilusionen los espejismos, abre los ojos;  
sofrena tu infantería mi imperioso soldado,  
no caigas en alucinación en estos laberintos,  
que buscadores de oro, locos y enamorados  
han solido caer de cabeza en estos meandros.

De repente te encontrarás frente a frente  
a extrañas flores de resplandor imprevisto,  
corolas desmesuradas y con un ojo tan fijo  
como una luna llena, estática e inescrutable;  
cuida bien de no caer en la venenosa órbita  
de esa mirada inmóvil. Perderías el juicio,  
sería como resbalar para siempre en un pozo.

Existen también sospechosos sahumeros,  
fragancias que se ocultan debajo de las hojas  
prontas a saltar sobre el inocente forastero.  
Previénete que esas arañas no te embalsamen,  
que si ellas lograran envolvarte en su tela  
comenzaría sobre ti a trabajar el delirio.

Te acosarían los implacables guerreros,  
tendrías que retroceder. Soltar la dulce rosa  
que ya ardía en tus manos. Son rincones tabús  
y tú no puedes aventurarte por esos claustros  
so pena de caer fulminado por los conjuros.

Desplázate con cuidado. El húmedo tapiz,  
resbaladizo y superpuesto te puede ser fatal;  
tu cuerpo presa del vértigo podría desaparecer  
en esos toboganes de desafío y remolino,  
rodaría interminablemente en ese tránsito  
que va desde este plano al otro mundo.

## FRENTE A CADA PELIGRO, UNA TABLA DE SALVACION

Agárrate como un náufrago desesperado  
a los propicios tallos que a tu paso se tienden;  
a los cables del cielo agárrate con el alma;  
huele bien la materia, haz tus invocaciones;  
examina por el revés las piedras inmutables,  
escucha arrodillado la voz de las profundidades;  
desentraña, lupa en mano, la enigmática lengua  
del gusano de luz, observa con ojo sabio  
si el ramaje de los alrededores sigue indemne.

Examina si los primeros brotes del roble  
han sido o no mordidos por el venado;  
si arriba el canto de las aves es estable,  
si el fugaz pasajero cortó las topa-topas,  
si su planta holló la flor de la mañana.

No eches en olvido que un solo paso tuyo  
dado fuera de órbita en ese despeñadero  
(dédalo inexplorado, sin comienzo ni término)  
podría trastocar el curso de tu destino.  
Antes que nada cuida de tu propio pellejo  
y avanza con discreta cautela en ese trance.

Escucha con atención el canto del chucao  
y ten presente de qué lado viene el augurio;  
no olvides que estás en el justo término  
de la vida o la muerte; de pie en ese límite  
en que la fortuna puede hacérsete presente  
en forma de anillo auroral o sésamo ábrete,  
o bien —y por designios inexorables y lejanos—  
venírsete toda encima la desgracia.

Y si en vez del sorpresivo canto del chucao  
oyes a lo lejos el cuerno del indio solitario,  
recula un tanto, amigo, aguza bien la oreja  
y pon tu desamparado corazón en guardia.  
El no olvida la pica ni el arcabuz guerrero;  
él no olvida a la legión de sus antepasados  
asesinados por aventureros sedientos de oro,  
bandoleros sin alma y de tu propia estirpe.

MAS QUE AL BRAZO DEL ABORIGEN O AL COLMILLO  
DE LA ALIMAÑA, ES DE TEMER EL TRABUCO DEL  
BANDOLERO

Pero en verdad no temas. Es asunto lejano  
el brazo del indio bravo. Apenas es una sombra  
y vive de puro olvido, vestido de zozobras,  
mohosa el hacha guerrera de otro tiempo;  
hoy fuma de despedida su último tabaco  
y se echa a dormir, al fin, cubierto de cenizas  
encima de los laureles de su propia epopeya.

Desentiéndete del galope oído a la distancia,  
no adventures tu flor de lis por los descampados;  
mientras más lejos estés de los bandoleros  
que recorren la noche de extremo a extremo  
más segura estará tu alma en tu cuerpo.

Presérvate del trabuco y la carabina  
más que del temible colmillo de la fiera;  
mueve tu tricornio con cintas y plumas,  
dos pasos adelante y uno atrás es la regla,  
y al igual del salvaje que se abriera camino  
adelanta tu húmeda nariz como una antena.

NO VENDAS TU ALMA, NO PACTES  
CON EL DIABLO

Y si de pronto, en algún descampado,  
se te atraviesa el diablo, acepta el duelo  
y no se te caiga el alma, no te amilanes,  
y más que eso aún, toma tú la ofensiva,  
y con grandes verónicas, pasos y contrapasos,  
oblígalo a un desenlace cara a cara.

El diablo es muy ladino, pero siempre  
descuida algún detalle, por ahí es posible  
enredarlo en la espuela, pisarle el poncho,  
aflojarle en un esguince el diente de oro,  
enfrentándolo con delirio no es difícil  
descabalarlo del macho en que va montado.

Pero, por estos lances, no echés en olvido  
que eres de carne y hueso, débil y vulnerable;  
guarda bien la celeste religión de los campos,  
sé siempre cuidadoso observador de sus ritos,  
tu imprudencia pudiera provocar en tu contra  
la ira de los dioses, y nunca nadie sabe  
hasta qué punto nos alcanzarían sus fuegos.

Si la noche te abruma, esconde la cabeza  
en la quietud del ala, ovíllate en ti mismo;  
búscate lecho seguro entre las hojarasca  
hasta que el alba radiosa —peine en mano—  
arribe con su diana de pájaros multicolores.

## SE CUENTAN CON DELECTACION Y ORGULLO ALGUNOS DE LOS INFINITOS MISTERIOS DE LA SELVA

La umbría es misteriosa. Envolventes vapores la circundan. Cañas y lianas la entrecruzan en un apretado cañamazo, una elástica urdimbre de muchos siglos de espesura superpuesta. Viejísimos filamentos se acumulan en esa malla, lecho ferruginoso de levadura y crisálida.

Alrededor de los gruesos troncos yacentes (ciclópeos guerreros dormidos en su armadura) la humedad intocada ha ido con los años tejiendo una finísima alfombra verde-oro y no se podría encontrar tapiz en el mundo tan mullido y perfecto como esa felpa viva.

Por esas espesuras podríamos encontrar  
la madre de la culebra o la verde cantárida;  
el ágil saltamontes; el caballito del diablo  
—azul de riendas y alas, presuroso emisario—;  
el negro ciervo volante y el moscardón de oro  
—que en vasijas de tierra deposita su miel—;  
todos con su puñado de iris a la espalda  
y siempre de viaje por sus tortuosas galerías  
—egipcios que vigilan sus tumbas funerarias—.

Existen quebradas profundas y rumorosas,  
inaccesible al sol, y allí la buena tierra  
guarda viejos secretos, tesoros que custodia  
bajo siete cerrojos, y que sólo yo el intruso  
he logrado develar por intuición o gracia.

Túneles y galerías, misteriosas cisternas,  
lagunas deslumbrantes como una enorme lámpara,  
madrigueras donde el diablo tiene su trampolín,  
húmedas grietas con olor a peligro y eternidad  
y de profundas estrías adheridas como lágrimas.

EN DONDE EL PEREGRINO SE PREGUNTA: ¿CAMINO  
TODAVIA POR LA TIERRA?

Un sentimiento de alarma nos sobrecoge  
en estas espesuras.

¿Cómo, tanto y de dónde?  
Somos temor y cautela, avanzamos agarrándonos  
a nuestros febles huesos para no desmandarnos,  
para no dispararnos como la bestia herida.  
¿Qué camino seguir en este intrincado dédalo?  
¿En qué rincón encontrar la flor de la vida?

Santíguate con unción, profano vividor  
de los inmundos hoteles y plazas del mundo,  
lávate el ceño duro, hunde lacras y arrugas

en ese pozo lleno de salitre vivificante,  
frótate las sienes con esa fría argamasa,  
cerciórate por ti mismo cómo es de milagrosa  
el agua fría y azul de las quebradas.

AQUI HABLA LA MUSICA CON EL LENGUAJE  
QUE LE PERTENECE

Mójanse los fríos helechos de la orilla,  
arquese el narciso al peso de su corona,  
y, recorridos de un eléctrico escalofrío,  
tiemblan en su capullo los azorados juncos;  
un diapasón en ascenso, cual súbito sonrojo,  
trepa por esas bóvedas como queriendo llevar  
hasta las alturas el imperceptible abanico.

Simples cañutos soplados por un extremo  
hacen esa música connatural de la tierra;  
cristal de agua, plata que refresca el oído  
del viajero extenuado. Hilo de luz que canta  
como un pájaro, y que en la lóbrega caverna  
se desnuda y alumbra más que un anillo.

Música peregrina, deslindada, desnuda,  
labrada por el tiempo desde caña a platillo,  
pulida por la sabia mano de la eternidad  
entre largos paréntesis de musgo y olvido  
y que es a un tiempo terrenal y sideral,  
de garganta y totora, de destello y suspiro;  
milenario silbato que al caer gota a gota  
desata de consuno su deslumbrante entraña.

¿De qué estación arrancan estos tubos,  
de qué gárgolas se evade esta agua seca  
que moja oreja y corazón al mismo tiempo?  
¿Dónde comienzan a ulular estas serpentinas,  
estas virutas de cristal del aire puro?

¿Es la corteza del cielo que se adelgaza,  
son, acaso, las cristalinas plumas del día  
sobrecayendo incontaminadas como la nieve?  
¿De qué mundo nos llega este caudal sonoro,  
este envolvente río de amarillas monedas?

## EN DONDE LA MUSICA NO TIENE REPOSO Y ARRANCA POR MULTIPLES ORIFICIOS

Canta el agua al caer sobre ella misma,  
el viento al golpear su palmeta en el viento,  
la miel al transvasarse grumo por grumo;  
por encumbrados andariveles de hierro frío,  
trino y garganta, canta la gotera del alba;  
desenredándose plena de su radiante sábana  
canta la luz en su florido candelero.

Laúdes desmayados, pitos llenos de luz,  
alumbran con su chispazo aquellos túneles;  
cítaras desleídas e hidromiel gota a gota,  
a qué boca, a qué oreja va esa ambrosía;

colihues melodiosos de innumerables dedos,  
por cada portillo abierto asoma un sonido;  
trompetas cargadas de aire, siempre en fuga,  
quién es más presuroso que esta cabalgata;  
campanas llenas de herrumbre y resonancia,  
qué frutos no es capaz de dar esta tierra;  
gargantas recorridas de líricos escalofríos,  
cómo no morir de lirismo en este parnaso.

Expande sus pulmones el gran solitario  
en un ronco aleluya. Como acordeón rechinan  
sus enmohecidos goznes; su vieja carrocería  
ajusta sus bronces. Libre ya de sus cenizas  
racimos y corimbos se enseñorean en él,  
enarbolan sobre sus sienes un albo pañuelo.

Oh, total embriaguez de lágrima y sollozo,  
oh, repentino florecer de viejas ramas.

EN DONDE SE ACONSEJA NO VOLAR MAS  
ALTO QUE LOS PAJAROS

Mas no volemos tanto. Todavía nos quedan  
verdades de ver y de tocar en tierra firme.  
Al tenor de tanto himno celeste desbordado  
cantan también las aves.

Los pájaros del cielo  
y de la tierra juntos. Exaltado concierto  
en este anfiteatro que va de rama en rama;  
al compás de una misma e invisible batuta  
cantan todas las aves del bosque reunidas.

Así, la diuca araucana, de albo delantal;  
el chincol repentino, de militares bríos;  
el jilguero romántico; la enamorada torcaza;

el tordo todo de luto; el zorzal silbador;  
la loica damnificada, de ensangrentado pecho,  
y el pájaro carpintero, empecinado artesano  
que hace retemblar con su pico todopoderoso  
las enormes columnas de este lírico Olimpo.

Esta rápida enumeración es incompleta,  
que aún quedan allí cantando en el olvido  
celebérrimos maestros del madrigal más dulce,  
todos de sobresaliente cartel en esta plaza.

Y, además, el concierto de los sapos.  
La ilustre sapería cantando a voz en cuello  
debajo de la noche, en su proscenio líquido;  
a toda orquesta, ateridas batuta y levita;  
sus largas y enfermizas querellas con la luna,  
sus castañuelas secas y sus tenaces crótalos,  
sus contrapuntos sin fin con las estrellas.

AQUI HABLAN, ATROPELLADAMENTE, SIN SUJECION DE  
FRONTERAS, LA LEYENDA, EL SUEÑO Y LA REALIDAD

Esta historia verídica parece un cuento,  
pero,  
mis viejos ojos saben, mi índice afirma;  
incrédulos contertulios, júrolo aquí de hinojos:  
esto que aquí aseguro es un hecho reverendo,  
una verdad más imponente que una iglesia.

He aquí, punto por punto, lo que he visto:  
existe un claro en el corazón del bosque,  
un círculo dorado, sonora pista de fuego  
en donde el sol se precipita como un puño;  
en ese teatro selvático abierto al cielo  
Pan y su mitológica familia bailan en ronda  
la alegre danza de las hojas y las cañas.

En ese redondel de empeines y plumas  
la flor del liuto, atropellada en su sueño  
por el frenético talón de las bayaderas,  
cae sacrificada a los primeros arranques,  
calcinada como una niña en un incendio,  
como una virgen pura en un tálamo ardiente,  
y de esas cenizas de puro amor se levanta  
—mojado todavía por el delirio de la danza  
y la exaltación del minuto— un polvo de oro.

CON UN TALISMAN DE AMOR ENTRE LAS MANOS,  
QUE MALEFICIO PUDIERA ALCANZARTE

Y ya tienes ahí tu talismán de gracia,  
la copa de la embriaguez te llama a gritos,  
cógela a tiempo y bebe de un solo impulso  
su elixir de juventud —ofrecido a dos manos—  
que te hará tan inmortal como los dioses.

Son las huellas de voluptuosas orgías.  
En ese tablado terrenal de giro y paroxismo  
corren unidos las divinidades y los hombres  
en una sola comparsa. Férrea camisa y rama,  
yema y rodilla, tentáculo tenaz y hueso duro;  
en un solo nudo furioso manzana y diente;  
comprometidos para un indivisible matrimonio  
los guardabosques y las enredaderas.

Fogatas apagadas por el pie en volanda  
de la ronda continua: dedos, tobillos, uñas,  
caderas como el mar de insistencia y resaca;  
espuma derramada y eléctricos anillos.  
Tierra removida en un ir y venir de vértigo,  
hacinamiento de laureles caídos y marchitos,  
evidentes vestigios del frenesí de una danza  
desencadenada con el aplauso de la selva.

## EL GRAN TEATRO DEL MUNDO

Teatro coral para dioses ebrios de ajeno,  
para temblor de parras, para vasos volcados,  
para el columpio movido por el pie inestable,  
para la falda en flor soplada desde abajo,  
para las bambalinas sueltas, para las copas  
que el viento trae y lleva en su bandeja.

Un aire crudo cual de resina virgen,  
todavía en cápsula, nunca antes respirado,  
arrastra su bellota hasta los pulmones,  
adentro agita a dos manos en una epifanía  
su increíble campana, su penacho salobre,  
y el barro humano se levanta transfigurado,

arden las sienes y aparecen rojos corimbos  
debajo de las orejas.

Espeísimo brebaje  
que hinche el pecho y enardece las uñas.

Sentado en el corazón de ese paraninfo  
podrás creerte un rey de cuento o epopeya,  
ya vestido de pastor o de terrible gigante,  
de cardo de los caminos o musical avena;  
alimentado, a veces, como los picaflores  
y, otras, como los impetuosos centauros.

AL BUCOLICO MODO DE LOS VIEJOS PASTORES  
DE EGLOGAS O CUENTOS

Viajeros desconocidos detuvieron su paso  
en este rincón sobresaltado. Aquí tendieron  
sus rústicas pellizas, sus líricas zamponas,  
y de espaldas al universo, a ras de tierra,  
cruzadas las piernas a la orilla de la ceniza  
(al modo de los viejos pastores del mundo),  
entre cueros de oveja y cañas musicales,  
comieron de los ácidos frutos silvestres.

Echaron a las brasas su elemental cosecha  
de bayas y pomos recolectadas por los caminos.  
Manzanas del paraíso, piñones cordilleranos,  
avellanas del bosque, bulbos desenterrados  
bajo la tierra palpitante de frutal gravidez;

---

comieron de las carnosas hojas de la romaza  
y por la gracia de la amarilla flor del yuyo  
desde ese océano dorado echaron pie a tierra  
ya investidos de la nueva dignidad adquirida:  
pastores descendientes de abejas y manzanillas.

## BAJO LA CANCION DE CUNA DE LAS ESTRELLAS

Hartos ya del generoso maná de la tierra,  
olorosos a raíces amargas y mieles de ulmo,  
las sienes pobladas de undívagas mariposas,  
movidos alma y hueso por músicas celestiales,  
durmiéronse hasta el jubiloso arribo del alba  
en ese dorado lecho de pasto y hojas secas.

Enteramente vestidos de azul como los pinos,  
cubiertos de polen dorado, nimbados de abejas,  
despertaron al amanecer, a la tibia caricia  
de las yemas solares, espesas las pestañas  
de las húmedas estrellas caídas en la noche.

El ceñido contacto, áspero pecho a pecho  
de madre universal y retoño, ubre y vagido,  
fortalece los huesos del peregrino sin techo;  
en ese regazo vital recupera él su poderío,  
vuelve a coger sus nimbos el viajero perdido,  
florece como la vara seca en la primavera.

Elástico e inquieto el talón andariego,  
tumultuosa la sangre de huracán y amapola,  
el pelo empapado de ventiscas y goteras,  
y en tanto una oreja, apretada a la tierra,  
escucha la sorda gestación de los terremotos,  
un ojo, como en vigilia en medio de la frente,  
húndese en la vastedad del firmamento dormido.

## EL RUIDOSO DERRUMBE DE LOS BUEYES VIEJOS

Desde allí escucharás, a la distancia,  
seguramente muy en las afueras del bosque,  
el bramido lastimero de los bueyes viejos;  
los signados brutos húmedos de mansedumbre,  
mudos portadores de un halo ultraterrestre,  
signo manifiesto de que un invisible índice  
les apunta día y noche desde las lejanías  
marcándoles fatalmente su amargo destino.

Inútiles ya para el trabajo de sol a sol  
han buscado refugio para su cansancio  
en los primeros contrafuertes de la selva;

no muy lejos del alero del hombre todavía,  
pero no tan cerca que su mano inexorable  
pudiera constituir un peligro para ellos.

Braman las pobres bestias, muy inseguras  
de su suerte, temerosas al fugaz centelleo  
del acero bruñido, el cuchillo cruel del amo;  
mugén al cielo libre, intuyen en sus tinieblas  
su muerte ya muy cercana y encima de la lengua.

Han visto muchas veces, a flor de pasto,  
blanqueados de sol, mordidos de intemperie,  
los desdichados huesos de sus antepasados,  
últimos vestigios de una terrible hecatombe  
y ante ellos se congregan en semicírculo.

Se agrupan poseídos de una angustia cervical  
reculando hacia el fondo de sus ancestros,  
heridos y temerosos de fatales presentimientos,  
hundido el espinazo como un cielo en derrumbe,  
abatiendo contra las sombras sus cornamentas.

Escarban la tierra fría, mustia la pelambre,  
levantan hacia el cielo los húmedos hocicos,  
buscan oliendo rincón tranquilo para morir,  
y, adelantándose a la propia ceniza inminente,  
cierran los ojos para la entrega definitiva.

## UN PARENTESIS PARA LA FLOR DEL COPIHUE Y SU ESTACION

Es promediando mayo, recargado de lluvias,  
cuando el copihue sacude su roja enagua,  
su apretado faldellín de abeja, su cintura  
de dama antigua, su anticuado traje de cola,  
su larguísima túnica hindú de seda y púrpura  
que le viste totalmente de barba a tobillo.

Es en el mes de mayo cuando ella asoma  
tímida y cautelosa por entre las celosías  
de las movibles hojas, cubierta de rubores,  
alta y fina de talle, ilustre y distinguida,  
inexistente el pie soñado bajo de su campana,  
sólo el aura que la vigila la transporta.

Con su traje de gala acude a las fiestas de La Frontera. A los memorables bailes del mes de junio. El Sur, barbudo y silvestre, la toma en brazos y, bien ceñida a su talle, ensaya con ella una zarabanda de pies perdidos, una larga y agotadora danza de treinta días.

En La Imperial del Sur es esta orgía. Tiembla el techo del cielo, se hunde el piso de ramas aturdidas. El viento intemperante, sin compostura y brusco como un arriero, quiebra las copas, sacude la verde alfombra y la azorada reina, tan ceñida y erguida, qué incómoda debe de sentirse en esta orgía.

En La Imperial es el desbordamiento, el océano escarlata entre las altas copas.

(SI MI FLOR ME LLAMARA...)

(Allá iría arrastrando azadas y regaderas,  
jardinero celoso iría con mis botánicas,  
todas mis herramientas de sueño y bolsillo:  
mis cúpulas invernales para su débil talle,  
y mis mojadas basílicas para que su frente  
hallara como en un templo su reclinatorio.

Si hoy mismo me solicitara iría volando,  
tomaría el tren del Sur para ir en su ayuda;  
sé que el hacha se ha alzado contra su tienda,  
aguijaría el caballo, llegaría como desvelado  
con las manos en alto, antes que el huracán  
se me adelantara apagándome su dulce llama).

## AJENO AL MUNDO Y SUS MONUMENTOS SIGUE HABLANDO EL RECUERDO

Si tu viaje tiene la suerte de coincidir con el anuncio del verano, en el límite grávido en que la primavera, ya toda pompa y espuma, llega a su fin y desbordada de su canastillo y con los donairosos gestos que le son propios invita a sus tenaces y enamorados portaliras a su palacio de cristal totalmente encendido, ofreciéndoles para que pasen puentes de plata, tú también, peregrino, te sentirás abrumado por la obsequiosa solicitud de aquella reina.

Comprometido por las repetidas instancias de tan gentil escanciadora, cántaro en mano siempre dispuesta a la libación o al brindis,

al cristal entrechocado, al sonoro silbo,  
y con el abundante pecho lácteo derramándose  
de tallo en tallo, tal si quisiera ahogarnos  
en la inagotable abundancia de su alacena.

Todo se abre a tus ojos de par en par  
como una puerta. Deslumbrantes goteras  
caen del firmamento. Estrellas reverdecidas  
de caer en las copas; fuentes semidormidas,  
aguamaniles con peces, capullos encandilados,  
blancos de tanta harina caída de improviso,  
capelos desbordantes de frescos pensamientos.

Ya has llegado al corazón de ese templo,  
estás en lo más intrincado de la espesura,  
desorientado, efímero, desvinculado y azul,  
escuchando con orejas de concha marina  
el viejo e innumerable lenguaje de las hojas.

OBSEQUIOSOS MONJES TE RECIBEN  
EN EL UMBRAL

Los tutelares manes preparan armoniosos caminos de damasco; insobornables centinelas deponen, a tu arribo, sus rígidas espadas; encapuchados monjes, dispensadores del alba, te abren todas las puertas y te echan flores; te alargan sigilosas sus hostias consagradas, te regalan con abluciones de rocío celestial o te ciñen una airosa cimera en la cabeza.

Desde ese momento tú eres el hechizado, sobreviéntete entonces un repentino resplandor, te invade el lírico arranque de los pájaros,

no puedes con tu lengua, la palabra te ahoga  
y retorna a ti como un pájaro sin alas;  
aturdido en la visión del exaltado derroche  
tú no sabes, de pronto, qué partido tomar.

Que olvido y soledad huelen a frutos  
y se les puede morder con fieros dientes.  
—Corta de aquellas uvas que están a punto.  
—Mordamos de estas manzanas que nos incitan.  
Ay, en esta mesa dispuesta y nunca tocada,  
los apetitosos manjares púdreanse día a día  
así como el membrillo todavía en la rama.

## LA SOLEDAD ES UN HADA QUE TE PEINA Y SUSPENDE

La soledad te alarga su cariñoso manto,  
te pone música en la boca, te besa el pecho;  
es una costurera y te viste de terciopelo;  
pañó por pañó te aísla con largas vendas,  
hilo a hilo te amordaza, la consumada araña,  
te envuelve el corazón, la hábil tejedora;  
bajo de estos cobijos semejas una cebolla  
cubierto de tanta hoja y tanta mantelería.

El silencio gotea sonoro en la soledad,  
resbala de siglo en siglo, crece en un pozo;  
zumba lleno de algas, inunda nuestra oreja;  
hace de nosotros propicia tierra de sembrar;

por la desnuda piel entra hasta las entrañas,  
y de tanta luz material caída a nuestro lado  
nos crecen largos ganchos, como tentáculos.

De alimentarnos siempre de estas mieles,  
por estos colmenares, de libar de estos vinos,  
libres como lagartos y astutos como los lobos,  
qué pueden importarnos diluvios o naufragios.  
Cautivos de tantos himnos, heridos de belleza,  
cómo le temeríamos al abrazo de las sirenas.

## EN DONDE COMIENZA EL BOMBARDEO FLORAL

Y sobreviene el abordaje de la selva,  
de canto y de soslayo, de revés y sorpresa;  
con sostenido pulso, rebasando los límites.  
Elásticos artilleros disparan su trabuco,  
a la buena de Dios, por vicio, sin puntería,  
deseosos de vaciar las abultadas cornucopias  
y disparar, muriendo, los últimos cartuchos.

Mas tú, soldado foráneo, de efímero machete,  
bajo ese fuego graneado resurges con más salud;  
de allí logras salir aún más esplendoroso,  
gallardete a los vientos, puñal a tu costado,

tu piel como de campana que toca a gloria,  
y por sobre tus hombros, en tupido follaje  
y entrecruzados ramos,  
el laurel y el olivo.

Salvias y canchanlahues, poleo, matico,  
lun y limpia plata, boldo, natre y llantén,  
con envolventes humos y benéficos inciensos  
de capilla extraviada, te fortalecen el ánimo  
y te dan una entereza de gladiador o herrero.

Eres el poderoso caballero broquelado,  
el que al beber de golpe el mágico brebaje  
ha devenido, al fin, en filósofo o soldado:  
una aurora en el pelo y un incendio voraz  
bajo la sien inquieta.

Son los maduros frutos  
que caen en tu mesa, las preclaras semillas  
de tu cosecha, el oro en polvo de tu aventura;  
son los presentes de tanto trajín glorioso,  
la dura almendra escondida que llega a ti  
pronta a germinar o florecer bajo tu mano.

Eres raíz undívaga, vilano al viento,  
bota andariega, ala perdida, mojado remo;  
zozobras o sobrenadas, no cabes en ti mismo,  
te derramas más allá de tus propios huesos,  
vives mimetizado entre invasiones y oleajes:  
de buscarte ya ni tus ojos te encontrarían.

## VISTETE DE SIETE CAMISAS

Entrega la terca oreja. Comprende ahora  
que no te perteneces y que también integras  
el cuerpo de la selva; avances o retrocedas  
tus pasos se te desmandan. Eres mínima tilde  
de tus comandos. Y ¿a qué unidad obedeces?  
¿En dónde está tu cuartel? ¿Y tu mensaje?  
¿Quién así te dispara por estos altibajos?

Piloto lleno de sueños, alza el copete  
y canta como una nueva ave del paraíso,  
súmate con delirio a la canora banda;  
canta como un poeta perdido o enamorado,  
antepone con orgullo la vieja lira.

Y esa cara de luto échala al diablo,  
rasga ya la mortaja que llevas por vestido;  
nada de pompas grises por estas jardinerías;  
tus quebrantos, despéñalos monte abajo;  
tu vida se desenvuelva como la espiga:  
pura harina por dentro y luz por afuera.

Pájaro prisionero, esponja tu plumaje,  
estira el ala, rebulle en tu abierta jaula,  
sopesa tus compases, busca pronto tu trino;  
a cielo descubierto ensaya el do de pecho.  
Húndete como en un agua en esas músicas,  
o baila como la gota en esas cuerdas.

Colócate un aderezo floral en el pelo  
y camina corola adentro, teñido de amarillo,  
y esmeralda y celeste, púrpura y ambarino,  
y primavera y alba; o corimbo o cobalto;  
o picaflor, si quieres, y alarga cuanto puedas  
el ojo enamorado, la mano de cinco pétalos:  
pon a gorjear tu corazón sobre una rama.

LOS ARBOLES NO DEJAN VER EL BOSQUE; ADEMAS,  
SOSTIENEN EL CIELO Y LO OCULTAN

Cual las altas columnas de un templo  
se elevan los gruesos árboles centenarios,  
en la cima trenzan sus cabelleras apretadas,  
allí juntan sus bocas de arrullo y beso,  
y cuando el viento soberano de las alturas  
agita sus alas, esa bóveda se estremece  
como una flor cogida por el pedúnculo.

Tiembla la oscura tierra que tú pisas  
porque ella es una trezadura de raíces,  
hojas muertas, légamo y lianas subterráneas,  
y tú caminas por esa tapicería superpuesta

con peligro mortal de sobrepasar el límite  
y caer —en un escalonamiento precipitado—  
hasta en los mismos cimientos de la ceniza.

Allí estarás abismado en ese vértice,  
rascándote detrás de la oreja, irresoluto,  
con un pie como de madero que echa raíces,  
y el otro suspendido, vuelto ala o voluta,  
sufriendo el mareo floral de ese universo,  
temiendo que de pronto, sigilosos espíritus  
—aprovechando tu estado de encantamiento—  
te cojan de cuajo y con violencia del espinazo  
y te coloquen, inesperadamente, en otro mundo,  
con otro halo y otro resplandor en la frente.

NO TE CONTURBEN LAS SOMBRAS, EL BOSQUE  
DE CHILE ES UNA CASA

Aleluya, aleluya, atolondrado explorador,  
arrímate, al fin, como a un brasero tibio  
al corazón del bosque, busca seguro refugio  
en el hueco acogedor de las grandes pataguas  
o junto a los pellines caídos como cetáceos,  
que en llegando la noche los pumas sigilosos  
echarán al aire la nariz para olerte.

Y rugirán celosos en la tétrica oquedad  
de aquella hora, hórrido y negro aquelarre;  
que la noche de la selva es impresionante,  
se apagan los diurnos cantos de la amapola  
para dar paso al sordo fragor de la noche.

Gime la fronda umbría cuando el viento  
estrellado y lleno de signos desconocidos  
le azota la cara con su cuerpo sin cuerpo;  
llora el canelo invadido de aves agoreras,  
suda su aceite el lingue de las quebradas,  
los quilantales desplómanse en polvo y ceniza.

El roble adelanta sus brazos descarnados  
como queriendo interceptar nuestro camino  
y el más inofensivo ramaje se transforma  
y cobra aspecto de cuerpo extraterrestre.  
Cuando comienza el menudeo de los fantasmas  
en ese ámbito impresionante sólo nos cabe  
esconder bien cabeza y corazón bajo el ala.

LEVANTA TU CARTA TOPOGRAFICA, GRABA TU  
MONOLITO, CLAVA ALLI TU BANDERA

Echa atrás la cabeza, levanta la mirada  
y cerciórate si es la hora del mediodía,  
que sólo en ese instante de deslumbre,  
estando el sol en lo alto de su palo mayor,  
podría romper el espeso toldo de verdura  
y deslizar alguna gota de luz destilada  
en la penumbra de esa catedral sonora.

Si de pronto te detienes a descansar,  
hazlo para tu bien, y busca cómodo asiento  
en algún tronco caído. Echa tus cuentas,  
mide con parsimonia tus posibilidades

y si en el fondo de tu destino heroico  
existe bastante caudal aventurero todavía  
y se siente joven y con bríos tu corazón,  
reemprende la marcha, ciego y decidido,  
dispuesto a coger en cualquier momento  
al terrible león de Nemeas por las orejas.

...Y LOS VIEJOS LEÑADORES, PERFUMADOS  
DE ETERNIDAD

Desde algún repliegue lejano del bosque  
llegará a ti, cual el latido de la selva,  
el sonido acompasado del hacha milenaria;  
son los leñadores, los viejísimos hacheros  
aromados desde la cuna de miel y resina.

Retumban los golpes y el eco repetido  
se difunde en campana, de maraña en maraña,  
crece a la desbandada desde su duro hueso;  
por ese tan-tan persistente de la espesura  
podrás llegar sin duda a la cruel hecatombe.

Con pies ungidos llegarás a la trémula pira,  
al oloroso cementerio, balsámico hacinamiento  
de gigantes caídos. Desde lejos ya te saludarán  
a pura eclosión resinosa los añosos laureles,  
te saludarán muriendo en silencio y fragancia.

El trabajador del bosque vive en un ámbito  
de abejas silvestres y de incienso perenne,  
duerme y trabaja con un halo en las sienas  
y a cada golpe de hacha la savia derramada  
unge su cabeza celeste, perfuma sus ropas,  
humedece de golpe su alma como un pañuelo.

Pudiera ser que el halo que le circunda  
fuese el reflejo, el perfume, la espuma sostenida  
de tanto sueño suelto, su alma blanca,  
su cabellera libre, sus barbas desparramadas  
o sencillamente las blancas rondas de mariposas,  
las abejas que le persiguen como al almendro  
o esos aceites aromáticos en que se mueve.

Las irreales chozas fueron construidas  
según la graciosa ciencia de los pájaros,  
a la buena de Dios, entretejiendo amorosamente  
hacha y suspiro, arrimando una rama a la otra,  
enlazados vaivén y columpio en un solo nudo.

Tiemblan las enramadas empujadas de abajo  
por los tallos nacientes, táctiles abanicos,  
alargan sus dedos vivos por las esquinas,  
bajan y recorren la casa por sus contornos,  
invaden los armarios, los febles aparadores,  
al fin, irrumpen libres por los entretechos.

Frágiles canastillos, apenas para refugio  
de ermitaños o trovadores; quitasoles caídos  
como una clámide en medio del desamparo,  
nenúfares alzados entre el pulgar y el índice,  
alacenas terrestres repletas de miel y bellotas.

## EL PEREGRINO VIENE YA DE VUELTA

Ahora vienes de vuelta. ¡Ay cómo vienes!  
Tan lleno de avellanas, tan alta la visera,  
tan suelto de hombros, tan vestido de ráfaga;  
desparramado como el agua sobre la mesa;  
a velas desplegadas regresas y sobrenadas,  
te veo como desembarcando de una piragua.

Cómo te ha probado bien el largo viaje.  
Por fin te has encontrado, y tal como eres;  
te has descubierto levantando la vieja cáscara,  
por entre tanta máquina inútil, intacto todavía,  
tropezaron con tu persona tus ojos libres,  
y ahora a flor de camisa, cómo reluce enhiesto

el noble bronce del pecho, y cómo echa fuego  
el volcán fragoroso que escondías por dentro;  
todo dice que llegas templado al rojo vivo  
y que tus manos terrosas blanden el rayo.

No sacudas tus codos, aún traes gotas  
centelleantes. Viejos relámpagos adheridos;  
todavía te resbala la luna por los costados;  
cuida bien que esa camisa no se te escurra;  
a dos manos sujeta el halo que te ilumina  
y esas hilachas que te suenan como clarines.  
Al reintegrarte al viejo mundo de tu destino  
no se te pierda nunca el resplandor dorado.

# I N D I C E

## I. DEL MONTE EN LA LADERA

	Pág.
Un paso al día . . . . .	7
La escalera . . . . .	11
Un huaso en flor . . . . .	15
Juan de Dios Rebolledo . . . . .	19
"En campos de zafiro pace estrellas" . . . . .	21
Yo soy un carpintero . . . . .	25
Arribo a Santiago de Chile . . . . .	29
De ronda con el Intendente . . . . .	31
Mi casa . . . . .	35
Mi Chile horizontal . . . . .	41
"De la florida falda" . . . . .	45
Con el alba en las manos . . . . .	49
Sinfonía en doble . . . . .	53
Una guirnalda para el vino . . . . .	57
A sotavento . . . . .	63
Campanario hundido . . . . .	67
Complacencias del sol . . . . .	71
Nacimiento en la arena . . . . .	75
Reconocimiento bajo tierra . . . . .	79
El color saavedra . . . . .	83
La lámpara . . . . .	87
Madrigal invasor . . . . .	89
Botánico . . . . .	93

## II. MAHUIDA

A manera de prólogo . . . . .	97
Ahora comienzo con una fervorosa evocación . . . . .	99
Los elementos terrestres... . . . .	101

	Pág.
El cantarte ha constituido mi oficio verdadero . . . . .	103
Juventud y vejez . . . . .	105
Allego mi oreja a tu pecho . . . . .	107
Largo discurso aleccionador . . . . .	109
Ponle cerrojos a tu corazón . . . . .	111
Frente a cada peligro, una tabla de salvación . . . . .	113
Más que al brazo del aborigen . . . . .	115
No vendas tu alma, no pactes con el diablo . . . . .	117
Se cuentan con delectación y orgullo . . . . .	119
En donde el peregrino se pregunta . . . . .	121
Aquí habla la música . . . . .	123
En donde la música no tiene reposo . . . . .	125
En donde se aconseja no volar . . . . .	127
Aquí hablan, atropelladamente . . . . .	129
Con un talismán de amor . . . . .	131
El gran teatro del mundo . . . . .	133
Al bucólico modo de los viejos pastores . . . . .	135
Bajo la canción de cuna . . . . .	137
El ruidoso derrumbe de los bueyes viejos . . . . .	139
Un paréntesis para la flor del copihue . . . . .	141
(Si mi flor me llamara . . . . .)	143
Ajeno al mundo y sus monumentos . . . . .	145
Obsequiosos monjes te reciben en el umbral . . . . .	147
La soledad es una hada que te peina y suspende . . . . .	149
En donde comienza el bombardeo floral . . . . .	151
Vístete de siete camisas . . . . .	153
Los árboles no dejan ver el bosque . . . . .	155
No te conturben las sombras . . . . .	157
Levanta tu carta topográfica . . . . .	159
...Y los viejos leñadores, perfumados de eternidad . . . . .	161
El peregrino viene ya de vuelta . . . . .	165